

BOLETÍN AR- QUEOLÓGICO

EPOCA II

ENERO-MARZO DE 1919

NÚM. 22

SOLEMNE SESION NECROLOGICA
A LA MEMORIA DE
DON EMILIO MORERA Y LLAURADÓ
ARQUEOLOGO E HISTORIADOR
TARRACONENSE
PRESIDENTE DE NUESTRA
REAL SOCIEDAD ARQUEOLOGICA

PALABRAS DEL PRESIDENTE, SR. YXART

EL acto que vamos a celebrar es un homenaje de admiración y respeto a la memoria de D. Emilio Morera y Llauradó, Presidente que fué de la «Comisión provincial de monumentos» y de la REAL SOCIEDAD ARQUEOLÓGICA TARRACONENSE: es un tributo dedicado al investigador infatigable de nuestro pasado, al arqueólogo distinguido, al escritor erudito y sincero; es la manifestación de afecto al maestro y al amigo a quien estimábamos por sus elevados sentimientos y su acendrado amor a Tarragona.

La REAL SOCIEDAD ARQUEOLÓGICA TARRACONENSE y la «Comisión Provincial de Monumentos» le dedican este recuerdo. El Sr. Morera era hombre de grandes merecimientos. Como los Albiñanas, los Hernández, los Vallgornera, por su sólo esfuerzo, su extraordinaria vocación y su pa-



triotismo, dedicóse a registrar nuestros archivos y estudiar nuestros monumentos.

Justo es que expongamos a la consideración de sus compatriotas, sus grandes méritos, su talento, su vida, sus obras, para que guarden su memoria y perpetuen su nombre como uno de los hijos más ilustres de Tarragona, a la que tanto enalteció con el estudio de su gloriosa historia.

Por esto hoy nos hemos congregado aquí para rendir esta nuestra modesta ofrenda, al autor de «Tarragona Cristiana».



DISCURSO DE DON FERNANDO DE QUEROL

MORERA ÍNTIMO

EICNOS. SEÑORES:

SEÑORES:

REQUERIMIENTOS de la amistad que, no por serio, me honran menos, siquiera, por inmerecidos, me obligan más y más, tienenme ante vosotros, con estas cuartillas en la mano.

Ya sabéis para qué. Para prestar mi débil concurso a esta sesión necrológica, tributo que Tarragona rinde a la memoria y a la obra de un hijo suyo benemérito.

De la obra, si es considerando como tal únicamente sus escritos, no os hablaré yo. Es demasiado importante, la de Emilio Morera, como trabajo de investigación, de erudición y de crítica, para que, sin temeridad, se atreva a juzgarla quien no posea una competencia especial, de que carezco.

Otras personas, que tienen esa competencia, y la tienen sobrada y bien reconocida, han aceptado esta misión, objeto primordial de la presente solemnidad. Y sin embargo, y aparte la labor de esas personas, que son iniciados, que son profesionales, todavía cabe que se diga más de la obra de Morera, y que lo diga un profano.

Porque es evidente que la obra de un hombre, y de un hombre que ha vivido setenta años en un pueblo, y ha estado en perenne contacto con él, y lo ha amado, y lo ha servido, y le ha consagrado los afectos más caros de su corazón y los anhelos más íntimos de su alma; que ha alimentado constantemente su espíritu con la admiración de su terruño amado y sus bellezas, con interés codicioso y con respeto profundo por su historia, con orgullo por sus glorias pasadas y con ternura por su vida presente y fé en sus destinos futuros...; es de evidencia, digo, que

la obra de este hombre—sean los que fueren sus aptitudes y sus méritos científicos y literarios,—no se ha limitado a los descubrimientos que haya podido hacer, o a los libros que haya podido escribir.

Hasta un analfabeto, en tales condiciones, puede haber influido intensamente en la elaboración del espíritu público de sus convecinos, y en el desarrollo y engrandecimiento de la urbe en que ha visto la luz; que es como decir, con frase estereotipada pero expresiva, «en el progreso moral y material» del pueblo en cuestión.

¿Qué no habrá podido hacer, pues, por Tarragona nuestro Morera, inteligencia cultivada, alma generosa, carácter por demás insinuante y expansivo? ¿Cómo habría podido caminar aquí la larga jornada de su vida, sin dejar huella de su paso, un hombre como él? Un hombre de tal temperamento que, sin poderlo remediar, se interesaba por los asuntos ajenos, dispuesto siempre a actuar en servicio del prójimo. Hombre nacido, no para la lucha quizás—aunque en lucha tenaz y perseverante por sus ideales, y con la prosa de la vida, pasó toda la suya—pero a quien había sido concedido el dón de proteger, de aconsejar, de calmar, de poner en paz: la misión de amigable componedor en que, más que de otra suerte, ejerció su profesión de abogado, y la misión de hacerse escuchar, de buscar solución a los conflictos, de practicar gestiones, de interponer valimientos, de resolver en fin las cuestiones que, por cualquier motivo, tenían perplejo o angustiado a cualquiera de sus clientes, de la innúmera clientela de sus deudos, discípulos, amigos y paisanos.

Fuera el recuerdo de este hombre menos reciente de lo que es, o estuviera este benévolo auditorio compuesto de elementos forasteros o extraños a nosotros y a «nuestras cosas», y me asaltara el temor de que, por lo dicho, se había de tomar a nuestro homenajeador por un ente cominero, tentado del gusto mujeril por las historias y chismes de vecindad. Error fuera, el tal, de todo punto calumnioso.

No: Morera, hombre cuyo intelecto se alimentaba de ideas harto más substanciosas, desdeñaba la murmuración, incluso en lo que muchas veces tiene de artística, y aun eludía su práctica cuando esto era posible, que es pocas veces, en el trato social.

Su oficiosidad—por llamar de alguna manera aquel su prurito protector de que venimos hablando—era eminentemente desinteresada, o si se quiere, perfectamente altruista, como se dice ahora. Así, Morera tenía a muchas personas obligadas, a pesar de la proverbial ingratitud humana. Y esa comunicación espiritual que había tenido con la falange de sus «protegidos», conspiró no poco con su aire transigente y campechano y la acentuadísima familiaridad de sus maneras y razones, para hacer de él un tipo popular.

Protesto de que usó este calificativo en el sentido natural y simpático de hombre grato a las gentes: no en acepción alguna torcida o molesta.

En efecto: para los que le hemos conocido, que somos aquí todos;

para los que le hemos tratado muchos años en la intimidad, que somos todavía algunos, no se concibe a Morera sin esa popularidad del saludo universal, de las innumerables detenciones en la calle con todo linaje de viandantes, del tuteo ostentoso y complacido con jóvenes y con viejos, con próceres y con mendigos, del número increíble de sus relaciones en los pueblos todos de la provincia, que debía en parte a su larga carrera de oficial Mayor de la Diputación y del aun más increíble conocimiento que tenía de genealogías, hacienda, interioridades y hasta secretos, de la mayor parte de las familias de alguna notoriedad en la Capital o fuera de ella.

Pero, en cambio, ninguno lograría figurarse a Morera «popular» en el sentido, por ejemplo, de agitador de multitudes, de propulsor de doctrinas aviesas, de explotador de malas pasiones y de estulticias irremediables, ni en el de ninguno de esos bajos oficios, a los cuales tanto hombrecillo insignificante suele deber, hoy día, su encumbramiento y su fortuna.

Por cierto, que es menester un temple de alma no vulgar y carencia de ambición y rectitud ingénita, para no dejarse arrastrar, en el caso de Morera, por esa tentación vergonzosa de la populachería y muy de notar cuanto sube de punto, en él, el mérito de semejante entereza, teniendo en cuenta que, durante una serie de años, nuestro amigo intervino en la política.

Yo no he de decir si esa política que «se hacía»—(pase el barbarismo)—en los tiempos en que Morera andaba a vueltas con ella, era buena o era mala. Sólo sé que él «la hizo» honrada y decentemente. Como afirmo, sin discutir la prensa de entonces, que Morera, periodista años y años, y Director, algunos, del *Diario de Tarragona*, lo fué con pericia y dignidad.

Y afirmo más: afirmo que esa intervención de Morera en la política fué, como todo en él, a lo romántico. Determinada por móviles gratuitos: convicciones teóricas; defensa de intereses colectivos, sociales o de clase, pero intereses que, al fin, no eran, de un modo inmediato, propios y exclusivamente suyos; compromisos de amistad; afán, más que todo, de intimar con factibles protectores de esta su querida Ciudad natal, y de estos monumentos venerandos que tuvo él siempre en tanta estima.

Un olvido caballaresco de todo fin utilitario y personal de sus esfuerzos. El mismo olvido que le llevó a colocar sus ahorros en empresas destinadas a languidecer o a quebrar, pero que él no vió sino que eran locales. El mismo olvido que sufrió al dedicar a esa obra de historiador, cuyo enaltecimiento nos congrega, las facultades todas de su alma y las energías de su vida, en vez de emplearlas en trabajos de orden moral infinitamente menos elevado—no hablo de los inmorales—pero que han enriquecido a tanta gente desprovista cuasi en absoluto de mentalidad.

Y es que en Morera todo se subordinaba al noble, al cristiano sentimiento de amor que le inspiraba la Patria. Un sentimiento que fundía en su pecho, por modo admirable, su ferviente adoración por España y su cariño, tierno y filial, por Tarragona: que hacía inseparables, en él, la Patria *grande*, tan grande que para el heroísmo y para las virtudes y para las glorias españolas no habrá nunca bastante espacio en el libro de la Historia; y la Patria local, esta cuya grandeza no tolera llamar «chica» en ningún sentido: la Ciudad egregia, milenaria, hermosa, patricia, leal... «Ejemplar y Fidelísima», en que tuvo la fortuna de nacer.

Y es que, en Morera, el desinterés era una cualidad semejante a ciertos defectos menudos—de desaliño en el vestir, por ejemplo, o de cachaza—en algunas personas: inadvertido por el interesado, e incoercible.

¿Qué beneficios reportó Morera de su actuación en la política?

Un destino, penoso y mal retribuido, en la Diputación Provincial, lo obtuvo por oposición. Una plaza de Auxiliar en el Instituto de segunda Enseñanza de Reus, y más tarde en el nuestro, bien se ha visto después que la pudo merecer, sin el favor de nadie, el futuro Académico de la Historia, y futuro autor de «Tarragona Cristiana».

Y yo no sé de más.

Su influencia se empleaba siempre conforme a esa debilidad honrosa de su carácter, que le llevaba a curar del mal ageno con solicitud. Y también, y muy particularmente, en el cuidado y conservación de «sus» queridos monumentos, esos monumentos, paseando por entre los cuales lo hubo de pintar, no hace mucho, un caricaturista, y que eran, en efecto, uno de sus grandes amores, y en interés de los cuales andaba constantemente pidiendo subvenciones y respeto. Tesoro inapreciable, en el ejercicio de cuya custodia ha muerto su admirador, pues ostentaba, al morir, las mercedísimas Presidencias de la «Comisión Provincial de Monumentos históricos y artísticos» y de la REAL SOCIEDAD ARQUEOLÓGICA TARRACONENSE.

Don Emilio Morera y Llauradó fué siempre persona correcta, amantísimo de su familia, creyente sincero y católico práctico.

¿Habrá que decir también que era, no ya de buenas costumbres, sino de costumbres patriarcales?

¿No le habéis visto todos, en sus últimos años, teniendo como única expansión, descanso de sus trabajos, unos pocos paseos por el de Santa Clara, en plácido coloquio con algunos de sus ya, por la edad, venerables amigos? ¿No le habéis conocido todos, consagrando sus mañanas a la Diputación, sus tardes y sus noches al estudio, en su hogar? Sus vagares de invierno, en esa hora clásica del atardecer, hundido—que esta es la palabra—en un rincón de una rebotica célebre, envueltos, él y sus indefectibles contertulios, en la nube flotante de humo azulado, que elevaba la combustión de tanto cigarrillo..., dis-

cutiendo, más o menos animadamente, de política, comentando la croniquilla local... o ventilando asuntos referentes a la «Ilustre y Venerable Congregación de la Purísima Sangre de N.º Sr. Jesucristo», de que Morera fué tantos años Primer Mayoral..., y perfilando, un día y otro día, desde Todos los Santos hasta muy corrido el tiempo Pascual, los pormenores, los detalles, las reformas, los accidentes todos de la pasada y de la próxima Procesión del «Santo Entierro», la que honra anualmente, el Viernes de la Semana Mayor, la piedad, la cultura y el buen gusto de los tarraconenses?

Pues siempre fué así.

En su juventud, ya era tertulio por el estilo en una latonería, que ha quedado como una tradición, de la calle Mayor.

Si bien entonces, lo era asimismo, y para fines más divertidos, de cuasi todas las casas distinguidas de la Ciudad, siempre solícito, siempre providente, siempre útil...; poniendo a contribución, en cualquier proyecto, piadoso o mundano, sus variadas aptitudes: de músico—pues lo era, y aun compositor, muy estimable—de literato, de burócrata...

El trabajo fué su característica. Amaba el trabajo, y no solo ciertamente el que le costaban sus aficiones de erudito y de artista, pues con igual ardimiento, con igual cariño, aunque no, por ventura, con igual delectación, se entregaba a toda suerte de esfuerzo que exigieran de él su deber o las circunstancias.

Así pudo compenetrarse tanto con la Diputación, y consagrar tan gran copia de inteligencia y de actividad, sin regateos ni desmayos, y lustro tras lustro, a aquella labor de oficinista, abrumadora e ingrata.

Semejante buena voluntad era tan visible, y en los más de los casos tan eficaz, que, ni aun suponiendo una prevención hostil, cabía desconocerla. Por esto Morera—más cariñosa y familiarmente «Emilio», en los tiempos en que eran Diputados los hombres de su generación,—después de haber sido subordinado complaciente y asesor fiel de cuantos se han sentado en esos escaños durante su gestión, ha seguido siendo, sin estorbarlo matices sociales ni políticos, el amigo de todos.

En lo que constituyó su vocación, trabajó cuanto pudo y como pudo, dentro de su esfera, harto modesta, de acción. Con mayores medios, con dinero, con posibilidad de ausentarse, de viajar, de huir y de descubrir por el ancho mundo, hubiera sido una eminencia, porque aquella vocación suya era castiza y verdadera. Encerrado en Tarragona, sin otros materiales que sus libros y la cantera de nuestros archivos locales, que él explotó—¡esto sí!—con pico incansable y certero, ha logrado ser un historiador apreciable y digno de todo encomio.

He ofrecido no ocuparme de su obra escrita. Séame permitido, sin embargo, y no como asunto de crítica histórica, sino como cualidad,

considerándola en el hombre y no en el historiador, admirar lo inmejorable del criterio que presidió en los estudios de Morera, y lo valeroso de la independencia con que historió. Idólatra de su Patria, pero esclavo de la verdad, jamás, a sabiendas, falseó la Historia. Crítico escrupuloso, jamás patrocinó consejas disparatadas o tendenciosas. Cívico y concienzudo, no quiso nunca doblegarse a ciertas corrientes de tiranía espiritual, con que determinados grupos y sectas—amenudo desdeñosos con la Fé y hostiles a la Tradición—entienden, no obstante, poder avasallar inteligencias y voluntades a su antojo, atribuyéndose olímpicamente el monopolio de la intelectualidad y del patriotismo.... ¡Sea, este, uno de los más legítimos timbres de gloria de Morera!

Cuya figura, omitiré aun considerar como Arqueólogo y como Académico, porque todo ello, en definitiva, constituye, con sus libros, la tarea del historiador.

Lo que haré, en breves palabras, es señalar a Morera como sociólogo, y sociólogo práctico. Su devoción por la Purísima Sangre del Redentor que, como se ha dicho, le llevó a ser el alma de la benemérita Congregación establecida en la Iglesia de Nazareth, le sugirió la idea del «Montepío de la Santa Cruz», institución religioso-social de innegable trascendencia, que Morera fundó en provecho de los cofrades de aquella y que ha servido de norma y de ejemplo a varios otros organismos análogos, hoy existentes y con vida lozana en nuestra Ciudad, muchos de cuyos vecinos encuentran en ellos auxilio material en sus enfermedades, y el consuelo positivo, en las tribulaciones, que solo halla el espíritu bajo el manto amoroso de nuestra Sacrosanta Religión.

Morera, respetado por todos los socios del que no es temerario llamar «su» Monte Pio, fué hasta su muerte, Presidente honorario del mismo.

Respetado, creemos que lo fué Morera por todos sus conciudadanos. Como creemos que lo es ahora su memoria. Como creemos que Tarragona entera siente gratitud por su hijo preclaro, y por el historiador celoso que tan a conciencia supo justificar el título oficial y honorífico de «Cronista de la Provincia», que ostentaba.

Por su parte, las entidades que han organizado esta velada manifiestan esta gratitud cumplidamente: hoy, honran a Morera; mañana, publicarán su obra inédita.

Señores:

Aunque tan imperfectamente, he dado cima al encargo de la «Arqueológica», que se dignó elegirme para esbozar una semblanza del que fué... Vosotros y ella, siempre indulgentes conmigo, perdonaréis mi insuficiencia.

En cuanto a él...

¡Pobre Morera! La triste noticia de su muerte la recibí lejos de aquí;

en una Iglesia, precisamente al retirarme del comulgatorio... En tan propicia situación de espíritu elevé al Cielo mis primeras oraciones en sufragio de su alma.

¡Pueda lo augusto de aquel homenaje borrar, en mi recuerdo, la ruindad del que en este instante le dedico!

¡Descanse en paz el ilustre patricio!



DISCURSO DE DON ADOLFO ALEGRET

MORERA, MÚSICO E HISTORIADOR

SEÑORAS:

SEÑORES:

I

LA REAL SOCIEDAD ARQUEOLÓGICA dedica hoy esta sesión a enaltecer la memoria de quien fué uno de sus mantenedores más ilustres, del arqueólogo e historiador Emilio Morera, cumpliendo así el deber de honrar a los muertos, cuando dejan en pos la estela luminosa de su inteligencia.

Correspondiendo a la invitación, vengo a depositar mi modesta ofrenda, una siempreviva, en la tumba del preclaro tarraconense, con quien relacioné, intimando, desde la infancia.

Dos fueron las fases que marcan la vida de Morera: una, dedicada al estudio de la música, y otra al estudio de las letras divinas y humanas.

Vivía en Tarragona, allá por los años 1860 a 1870, un fraile agustino exclaustrado, natural de la villa de Alforja, llamado P. Miguel Avila, que ejercía la cura castrense y como tal, tenía a su cargo el Hospital Militar y la Iglesia de San Agustín.

De extensa cultura y conocedor profundo del corazón humano, dedicóse con ahínco a practicar una obra social altamente meritoria, que aquí proclamo, para que no la ignore la misma ciudad de Tarragona. Cabe decir que el venerable fraile ponía bajo su amparo y dirección a los hijos de familias modestas que, con ojo pedagógico y psicología ejemplar, iba escogiendo aquí y allá, reemplazando a los padres en el empeño de educarles y prepararles el camino de la vida. No se limitaba el P. Avila a una mera dirección, sino que en su apostolado escudriñaba las inclinaciones del adulto e iba más lejos: le vestía y calzaba, le proporcionaba libros y matriculas para asistir a clase o le buscaba patrono para el aprendizaje.

Base: la enseñanza gratuita de la música.

Escuela: en el Hospital militar.

Como el virtuoso fraile gozaba de una posición desahogada por herencia de familia, el local-habitación, que le correspondía en la planta baja de dicho Hospital, junto al patio, estaba a todas horas a disposición de sus discípulos, quienes entraban y salían a su voluntad como en su propia casa. La llave muchas veces quedaba en la cerradura, aunque el sitio indicado para colgarla, era en la Conserjería. Dentro del local-escuela, dos pianos, uno flamante y otro desvencijado; a uno de los lados, estantes repletos de piezas de música escrita a mano, y en la sala contigua, el taller donde el P. Miguel Avila construía un órgano que legó a las Beatas de Santo Domingo y que funciona todavía en la iglesia de la plaza del Pallol.

Las lecciones de solfeo a los neófitos, las daba de ocho a nueve de la mañana, y de seis a ocho de la noche, se congregaban junto al piano todos los discípulos para los ensayos de conjunto, bajo la batuta del maestro. Así llegó a formar una capilla de cantores que reunía todas las voces, desde el bajo al contralto, con su sección coral y organistas.

Pero la trascendencia de la obra del P. Avila no está solamente en la enseñanza de la música como fuente de sentimiento y medio de elevar el espíritu de la juventud desheredada, sino en la finalidad de carácter social, que perseguía con clara visión de las necesidades del presente y porvenir de sus educandos.

Al efecto alquilaba, si vale la palabra, la capilla o parte de ella, para actuar en los divinos oficios de las fiestas mayores, u otras ceremonias religiosas, que se celebran en los pueblos de nuestro campo, como también, casi diariamente, en las iglesias de la ciudad; cobraba el importe de cada función y lo metía en una hucha. Durante el año sufragaba los gastos de libros y matrículas de cada discípulo, le vestía y calzaba si así lo exigía el caso, vigilaba los estudios, le infundía el amor a la familia y a la patria y le corregía en cuanto a aseo y conducta moral. Era el ángel tutelar de una porción de adolescentes a quienes amparaba y protegía hasta la edad viril.

La fiesta de Todos los Santos lo era de la capilla. En el domicilio del maestro y alrededor de amplia mesa tomaban asiento los discípulos, para celebrar con panecillos y licores el señalado día. Acto seguido el más joven rompía la hucha, saltando las aprisionadas monedas ganadas durante el año, y el P. Avila lleno de gozo y satisfacción las distribuía por partes iguales a los jóvenes músicos.

No será indiscreto consignar que de aquella memorable Escuela salieron los Doctores en Medicina Antonio Aymat y Francisco Figarola; el Dr. en Filosofía y Letras, Isidoro Frias; el profesor Pablo Sanromá; el publicista José Ignacio Gual; Fray José Admetiler, organista de la Cartuja de Miraflores (Burgos) recientemente fallecido; el organista de la Capilla Real, José M.^a Benaiges, el autor de estas líneas; Pedro Lapresa, bajo cantante que debutó en el Teatro de la

Opera de Nueva-York y falleció en aquella ciudad, y Emilio Morera.

Actuaba éste de organista, pero luego a instancia y por mediación del P. Miguel, pasó a estudiar composición, bajo los auspicios del maestro de capilla de la Catedral, Rdo. D. Buenaventura Bruguera, maestro de maestros, una de las celebridades musicales de su tiempo en cuanto a método e inspiración.

Inútil decir que las lecciones de Bruguera no cayeron en saco roto, pues Morera salió convertido en un compositor de grandes alientos y de soberana inspiración, como lo demuestran las páginas musicales que escribió y se ejecutaron en distintos templos de la ciudad.

II

No obstante las relevantes dotes que le adornaban en el cultivo del divino arte, puede decirse que casi las desdeñaba, si se tiene en cuenta que jamás en la prensa, en el seno de la amistad, ni en conversaciones particulares, se le oía hablar *per se* ni *per accidens*, de música.

Sus aficiones instructivas eran otras. Le atraían la Arqueología y la Historia, porque se sentía de la madera de los Pons de Icart. Fougat, Seguí, Albiñana, Hernández Sanahuja y Saavedra Moragas.

Siendo yo un adolescente, en la casa *pairal* de los Morera, sita en la calle de Ventallols, núm. 7, veía en la mesita donde estudiaba, diversos tomos, entre ellos *Grañezas de Tarragona*, *España Sagrada*, *Tarragona Monumental* y *Tarragona bajo el poder de los árabes*.

Se iniciaba en los estudios históricos, o mejor, interrogaba las páginas de aquellos libros para conocer el pretérito de su ciudad natal; aspiración nobilísima, semejante a la del hijo interesado en poseer el árbol genealógico de la familia.

De todas las ramas de la Arqueología, la que mejor respondía a sus inclinaciones y facultades era la Arqueología Literaria, que es a nuestro entender la más difícil, *una verdadera ciencia brava* como decía el gran Luis Vives. El monumento, la fábrica, los órdenes arquitectónicos, se conciben mediante una regular cultura, porque se ofrecen tal como son, no guardan ningún secreto entre sus líneas. En cambio la Arqueología Literaria o sea el documento escrito exige, para su exacta interpretación, claro juicio, erudición bastante para hermanar el hecho con el tiempo y el lugar, espíritu crítico e ir armado de la paleografía. Y aun con todo ese bagaje de conocimientos, el investigador tropieza con facilidad y muchas veces se cae y descalifica.

Pues bien; Morera no describió nuestros monumentos de piedra, que han tenido excelsos cantores en verso y prosa, y los tendrán en lo sucesivo, porque son páginas brillantísimas de la Historia de las civilizaciones que fijaron su planta en la España oriental; pero llevó a cabo una labor constructiva, de mérito indiscutible, que aplauden cuantos se dedican a las investigaciones históricas.

Acudió a los Archivos y con paciencia benedictina revisó los legajos, extrayendo la noticia, el dato, el documento probatorio; en las Bibliotecas, el cartulario, el testimonio de los autores, llenando millares de papeletas que habian de servirle en sus empeños de continuar la Historia de Tarragona.

Fué el primero que revolvió aquellos legajos empolvados, que nadie había osado tocar, descubriendo los secretos que contenían.

¡Labor improba, que solo pueden soportar los espíritus fuertes, las almas predestinadas!

Reunidos los antecedentes, clasificados y estudiados de conformidad con los dictados de la moderna historiografía, contrastados los valores internos y externos, empezó a dar al público el fruto de sus trabajos.

El venerable arqueólogo Hernández Sanahuja, que vivió los días de las grandes excavaciones tarraconenses, practicadas en el pasado siglo, pudo leer en los restos, puestos de nuevo al sol, después de diez y ocho centurias, pudo leer, decimos, donde radicaba la ciudad patricia y la ciudad oficial, señalar las áreas en que se asentaban los más famosos monumentos, los templos, arce, circo, anfiteatro, foro, termas y teatro. Con tales pruebas escribió la Historia de la Tarragona romana, la destrucción de aquel emporio del genio latino por los visigodos, los fastos de la dominación árabe y la reconquista de la ciudad por el príncipe Roberto de Aguiló, brazo ejecutor del arzobispo San Olegario.

La obra de Hernández se enlaza con la de Morera, quien de los Archivos sacó los materiales para historiar la Tarragona de la alta Edad Media, del renacimiento y de la Edad Moderna, hasta ya avanzado el siglo XIX. Más que de la forma, se preocupó Morera, en sus libros, del fondo, de la verdad histórica revestida de la prueba documental, pues era enemigo del didactismo, tan en boga entre los historiadores mediocres.

Por eso las obras de Emilio Morera son estimadas como oro de ley, sacado de los pergaminos y vitelas, y puesto a la luz de los criterios.

Así adquirió autoridad para ser consultado en cuanto se relacionaba con los historiales de Tarragona, Cartuja de Scala Dei, Monasterios de Poblet y Santas Creus y Seminario de Escornalbou, gloria y honor de nuestra tierra.

Las obras que Morera deja publicadas se intitulan: *Tarragona Cristiana.—Historia del Arzobispado de Tarragona.—Descripción geográfica e histórica de la provincia de Tarragona*, (un tomo de 952 páginas en fólleo), perteneciente a la *Geografía general de Cataluña*, que dirige el ilustre historiador D. Francisco Carreras Candi.—*La Catedral de Tarragona.—El puerto de Tarragona*.

Además publicó en diversos diarios y periódicos un sinnúmero de

artículos sobre temas de Historia local, que reunidos, constituirían tres o cuatro abultados tomos.

Su obra magistral es la *Historia del Arzobispado de Tarragona*, por su alcance y trascendencia, descansando en abundante y riquísima documentación exhumada íntegramente por el autor. Sabido es que el Arzobispado de Tarragona gozaba de amplísima jurisdicción, pues tenía como sufragáneas las mitras de Navarra, Aragón, Cataluña, Valencia y Baleares, era cabeza dirigente del brazo eclesiástico de la Confederación catalano-aragonesa y, como entonces, continúa siendo el Primado de España. A todo ello responde Morera, afirmando la personalidad insuperable, sin igual, de los Metropolitanos tarraconenses.

Otra obra interesante, con serlo todas, es la que trata del puerto de Tarragona, desde su origen, o sea desde los tiempos de los emperadores y césares, antes de Jesucristo, hasta nuestros días. Acompaña al volumen una serie de planos, empezando por el puerto romano, los de Apodaca y Smith y los modernos proyectos de los ingenieros Bellido y Elio, como también otros hermosos gráficos.

Para conocer los minuciosos detalles que al puerto se refieren, baste decir que Morera tuvo que hojear 400 volúmenes de actas que guarda el Archivo municipal.

Señores:

Fué en el cultivo de la Historia local un ciclope como los que levantaron la cerca de la Edad de piedra, que marca los orígenes de Tarragona y señala los primeros pasos de la civilización humana.

Yo he creído siempre que todos los hombres son iguales y que solamente se distinguen por el talento, las virtudes o la nobleza de alma.

Morera poseía todas esas cualidades y con el poeta pudo exclamar:

¡Soy pequeño por ser hombre!...
Si al morir muero con gloria,
Guarda Tárraco en tu Historia
Un rincón para mi nombre.

Murió y su nombre perdurará en los fastos de nuestra inmortal ciudad.

HE DICHO.

